

BAGU, Sergio. *Tiempo, realidad social y conocimiento*, Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI, 1970, 214 pp.

El autor inicia la obra con la afirmación de que el género humano tenía biológicamente diferente (respecto de la especie) su sistema nervioso y en particular su corteza cerebral, elementos que necesitaba para desarrollarse del contacto incesante con otros miembros del género. En este sentido, afirma el autor citando a Teilhard de Chardin: "el fenómeno social es culminación y no la atenuación del fenómeno biológico"* estructurándose como un producto ineludible del fenómeno social la personalidad del ser humano.

Tomando como presupuesta guía lo anterior, procede a plantear una hipótesis central: "que sufriendo el tipo de realidad social radicales transformaciones y alterándose de modo también sustancial el tipo de participación que el individuo tenga en la producción de esa realidad, es muy probable que su capacidad mental se desarrolle mucho más allá de sus límites conocidos".

Ahora bien, ya que los seres humanos se intergeneran recíproca e incesantemente, la realidad social, esa intergénesis de lo humano, es nuestra condición de vida y a la vez de nuestro conocimiento de lo social.

Pero esforzarse por conocer es partir de la hipótesis de que lo cognoscible posee una organización. Es el primer requisito de toda ciencia, y esforzarnos por conocer el conocimiento social mismo, es suponerle organizado.

Lo que hoy conocemos como ciencias sociales, es en gran medida creación de las culturas de los países centro-occidentales de Europa y de los Estados Unidos, y en este sentido, en muy alta proporción, la elaboración teórica y la metodología económica se han desarrollado en función de las necesidades de una política económica a corto y mediano plazo, al servicio de las empresas privadas y los Estados de Occidente.

Esas ciencias sociales de Occidente, hijas de la cultura burguesa, tienen una fuerte raíz empirista y estructuralista; éstas poseen tres principios básicos generales que son:

1. La creencia en la regularidad de los fenómenos, éste concepto sugiere básicamente las nociones de estructura e historia en las ciencias del hombre, que constituyen la gran polémica contemporánea. El debate se ha agudizado recientemente

* Pierre Teilhard de Chardin. *Le phénomène humain*, París, 1965.

en algunos países europeos, ya que los esfuerzos de varias corrientes estructuralistas por reconocer la existencia de estructuras diacrónicas no han convencido a los que reconocen a la historia como realidad fundamental.

Sin embargo existen ciertas nociones de estructura de lo social comúnmente admitidas, que dentro de la corriente social son las siguientes: económica, social, política, demográfica y cultural. Algunos agregan la jurídica y la estructura del parentesco tan explotada por los antropólogos y que ha adquirido una importancia singular.

2. La concepción de la secuencia de los fenómenos está basada en la idea de la evolución de la cultura, de la cual se desprenden leyes generales. En fecha más reciente aparece el concepto de las etapas como escalonamiento progresivo. Este concepto que aparece como formulación tecnológica más atractiva, con marcada insuficiencia metodológica y teórica, así como de una profunda deficiencia histórica, es la tesis de la sociedad tradicional y la sociedad industrial de la sociología funcionalista.

El tercer principio es el referente al campo de observación, para lo cual se plantea como premisa que la mente percibe selectivamente la realidad social. De esta modalidad no escapa el investigador, a pesar del esfuerzo por lograr la objetividad y en este sentido existe siempre y por principio una limitación a la observación; se justifica la exclusión de una parte del campo observable por los pensadores o investigadores en una cultura dada, ya que existe una íntima relación con: a) la naturaleza de la sociedad global; b) el *status* del grupo intelectual, que tiene a su cargo la observación de lo social, c) la situación histórico-concreta en que se produce el hecho.

Como respuesta a esta tríada de principios, base del empirismo y del estructuralismo contemporáneo, desde el siglo XIX se crea la actitud teórica, que consiste, en última instancia, en reducir lo social, o una realidad relacional. El modo como los hombres se relacionan entre sí, sería lo social. Este concepto, sin embargo, no ha tenido el mismo grado de elaboración en todas las ciencias sociales, pero todas ellas coinciden en que la materia prima de la realidad social está formada por tres elementos: 1) praxis dialéctica; 2) inserciones previas; 3) esquema de definición participante. Con esos tres elementos el hombre puede construir conjuntos fugaces y situaciones transitorias, aunque pertenecen también por supuesto a nuestra experiencia vital, a nuestra realidad social.

Para que las situaciones no sean fugaces, para construir conjuntos reiterados, procesos extendidos, interviene otro elemento: un instrumento material, o sea la necesaria relación con la naturaleza.

Ahora bien —afirma el autor—, es necesario analizar lo social en su relación interna y en su génesis, ya que en las ciencias sociales los enunciados que se han hecho hasta ahora de la causalidad no abarcan toda la acción del principio genético.

Si reconocemos como causa a un fenómeno o conjunto de fenómenos que tengan suficiente capacidad dinámica como para alterar una situación relacional, habremos formulado un primer enunciado aceptable, pero a partir de él tendremos que aclarar otras condiciones y modalidades del proceso. Así como no hay causas segregadas de conjuntos, también es absolutamente excepcional la aparición de una cadena causal que iniciada sobre una situación relacional no tenga conexión con otra cadena causal; lo normal es el entrecruzamiento de varias cadenas causales.

Pero es necesario tener presente que, en cuanto a su capacidad genética, hay una relación jerárquica entre todas las cadenas causales que se entrecruzan para gestar un fenómeno social, cuya realidad está enmarcada en un contexto tridimensional; el tiempo, el espacio y la densidad, dentro de los cuales el hombre realiza su acción como tal.

En primer lugar, es necesario comprender bien que nuestro tiempo es el de los seres humanos organizados en sociedad. No el de los físicos, ni el de los filósofos, aunque sospechemos posibles nexos. El nuestro es el de desarrollarse la vida, no sólo como biológico, sino como ordenamiento de procesos cuyos actores son seres vivos de la especie humana que nacen, se desarrollan y mueren, lo que tiene principio y fin, lo que antes de arribar a su fin, gesta un principio nuevo. Es la multiplicidad de concatenaciones, la capacidad de autogeneración y, a la vez, lo incesantemente integracional. Así como no hay vida sin ser viviente, no hay tiempo social sin realidad social. La realidad social es coyuntura, pero también permanencia. Es la historia como proceso creador de lo humano.

Además de vivir en el tiempo, las sociedades humanas operan dentro de un espacio. No nos referimos aquí a ese elemento geofísico que constituye la sede del hombre, sino a la distancia física que media entre los hombres y las piezas del instrumental que participan en un ordenamiento social.

Si quisiéramos medir la historia con sólo estas dos dimensiones, nos faltaría precisamente aquello que en nuestra intimidad juzgamos lo más humano: la densidad de la existencia. Hablamos no solamente de lo emocional, sino de lo humano total. No es el poeta el que puede enseñarle al investigador que la vida se vive en etapas de intensidad muy disímiles. Lo que ocurre en cierto momento es una gran intensificación de los cambios, una multiplicación de combinaciones. ¿Es menester demostrar que un pueblo vive a veces tres días más decisivos que tres años, o tres años más que un siglo?

Pero, si es cierto que la acción del hombre en su conjunto está dada por las tres dimensiones anteriores, se puede afirmar que cierta distribución de funciones es necesaria en las sociedades humanas, desde la más elemental hasta la más compleja. La vida misma en común lleva consigo la exigencia

de dedicar parte del tiempo útil del individuo a la comunidad. En el ejercicio de las tareas comunitarias se produce una inevitable especialización: por edad, por sexo, por aptitud. Éste es el punto de partida; desde ahí, el proceso de la distribución de funciones ha ido presentando los cuadros más complejos que han servido para clasificar tipos de organización social.

Admitiendo, junto con otros autores, que la estratificación nace con el excedente, en ningún momento podemos pensar que la desaparición del excedente sea la condición para que desaparezca la estratificación. Ésta es un tipo histórico de ordenamiento que no constituye ni la precondición, ni el mecanismo técnico del excedente; las tentativas de encontrar una fundamentación antropofilosófica permanente —el hombre es por naturaleza malo y haragán, y sólo se le puede encasillar mediante un sistema de clases— nunca han volado más allá de una antigua conseja, y es así como las ciencias sociales de Occidente no han podido elaborar un argumento científicamente válido acerca de la perdurabilidad de la estratificación.

Para concluir —el autor— plantea que los principales aportes para la elaboración de una teoría del conocimiento de la realidad social arrancan de la distinción entre dos universos de lo social: el de la realidad social y el del conocimiento de la realidad social, y ambos se integran incesantemente.

Ricardo Pozas Horcasitas

FISHER, Ernst, *La necesidad del arte*, España, Ediciones Península, 1970.

El libro de Ernst Fisher *La necesidad del arte* constituye un interesante análisis de la función que ha tenido y tiene el arte en la sociedad. El autor es uno de los más importantes teóricos marxistas de la actualidad en las áreas de la estética marxista y de la sociología del arte, ocupando un lugar destacado al lado de estudiosos como Adolfo Sánchez Vázquez, Lucien Goldmann, Galvano Della Volpe, etcétera.

Fisher adopta un enfoque sociológico para analizar los problemas del arte, explicándolo a partir de su génesis histórico-social. La función del arte en las diferentes sociedades y en especial en la sociedad capitalista, la relación entre la forma y el contenido, el problema de la pérdida de la realidad en el arte contemporáneo, y el papel del arte en la sociedad socialista, son los temas que contiene este libro.

Para Fisher, el arte tiene un papel equilibrado dentro de la sociedad, aunque esta función presenta diferentes formas de acuerdo a los contextos histórico-sociales. Por otra parte (y ésta es la principal hipótesis de Fisher), los grandes periodos del arte se han dado casi siempre que las ideas de una clase dirigente o de una clase revolucionaria ascendente coinciden con el desarrollo de las fuerzas productivas y con las necesidades generales de la sociedad. Así, pues, si el arte es verdadero, reflejará estas situaciones sociales y cobrará una función social contribuyendo a la transformación de la sociedad.

En el origen de la vida social, los hombres buscan domar a la naturaleza, por medio del desarrollo de los instrumentos